Hermenēus
Revista de traducción e interpretación
Ed UVa EDICIONES Universidad Valladolid

Franco SACCHETTI, Selección de cuentos de *Il Trecentonovelle*

Franco SACCHETTI, Breve antologia del *Trecentonovelle*

Traducido por BEATRIZ DE LA FUENTE MARINA
Universidad de Salamanca. Facultad de Traducción y Documentación. Departamento de Traducción e Interpretación. Calle Francisco Vitoria, 6-16. 37008 Salamanca. España.
Dirección de correo electrónico: fuentemarina@usal.es
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-7227-0128
Recibido/Received: 31/12/2024. Aceptado/Accepted: 29/01/2025.
Cómo citar / How to cite: Sacchetti, Franco, «Selección de cuentos de *Il Trecentonovelle*», trad. Beatriz de la Fuente Marina, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 28 (2026): pp. 615-637.
DOI: https://doi.org/10.24197/pv1vf871

EL AUTOR Y SU OBRA

Aunque se duda si Franco Sacchetti (*ca*. 1332-1400) nació en Florencia o en Ragusa, en Dalmacia, donde su padre se encontraba por negocios, es siempre considerado un autor toscano, y también se le ha apodado «el último trecentista» (De Sanctis, 1965), por haber publicado su obra en las postrimerías del siglo XIV.

La selección de cuentos cuya traducción presentamos aquí procede del libro denominado *Il Trecentonovelle* («Los trescientos cuentos»). En el proemio, Sacchetti confiesa haberse inspirado en el *Decamerón* de Boccaccio, que describe como «il libro delle Cento Novelle» («El libro de los cien cuentos»). Sin embargo, la crítica coincide unánimemente en señalar la gran distancia entre ambos autores (véase, p. ej., la introducción de Geno Pampaloni a *Il Novelliere. Sette secoli di novelle italiane,* 1973). Mientras que Boccaccio propone un marco narratológico de gran complejidad para sus cuentos, Sacchetti apuesta por una narración en primera persona, siendo la voz del narrador la que ejerce de aglutinante entre los distintos relatos, amén de la repetición de ciertos temas y personajes y las evocaciones que se generan entre las distintas partes.

De «Los trescientos cuentos» solo se han conservado 223. Todos ellos siguen la estructura tripartita del *exemplum* medieval: preámbulo o resumen,

desarrollo del cuento y moraleja final. Sin embargo, Sacchetti está lejos de presentarse como un moralista: en sus relatos predominan anécdotas divertidas de la vida cotidiana, personajes populares junto a otros teóricamente «solemnes» (curas, médicos, alcaldes y hasta el mismísimo poeta Dante Alighieri) que nos muestran su faceta más cómica, burladores y burlados que permanecen en la memoria más por su extravagante personalidad que por la necesaria enseñanza moral que se colige de sus acciones. Los cuentos de Sacchetti han sido a veces definidos como afables «cuadros de género» (Fantucci, 1941), y precisamente esa ingenuidad arcaica que destilan hace que sigan resultando muy atrayentes para un lector actual.

Aunque Franco Sacchetti no ha recibido tanta atención como otros autores por su carácter de «epígono» tras el éxito de Boccaccio a mediados del mismo siglo, no es menos cierto que los italianistas siempre se han acercado a su obra con notable curiosidad, sobre todo con el fin de comparar su producción con la del gran Boccaccio o la de los autores del *Novellino* (primera colección de cuentos italianos de finales del siglo XIII). Así, se ha insistido mucho en cuestiones de narratología, psicología de los personajes o estilo. En la literatura hispana, el carácter burlesco-satírico de la obra es muy reconocible en obras como *La Celestina, El Lazarillo de Tormes* o las de Cervantes (este último, por ejemplo, retoma, ya al inicio de *El Quijote* [I.1.], el personaje de Gonela, bufón del marqués de Ferrara que aparecía en Sacchetti).

EL ESTILO

En el caso de Sacchetti, el estilo de sus cuentos se adecua perfectamente al origen y propósito de la obra (el poeta Ugo Foscolo lo describió como «el único escritor que escribía como se hablaba» [Puccini, 2013]). En el proemio, el autor reconoce que ha partido de una larga tradición oral gracias a la cual se han transmitido estas historias, aunque él mismo afirma haber participado en primera persona en algunas de ellas. Sin ninguna duda, su prosa en lengua vulgar constituye un decidido intento de reflejar la oralidad: apenas encontramos subordinación, sino una imperiosa parataxis; las construcciones de participio recuerdan al ablativo absoluto latino, en una época en la que el romance muestra una fuerte dependencia sintáctica de la lengua madre; se suceden insistentes gerundios y se repiten constantemente los mismos *verba dicendi* («dijo», «contestó»), que marcan a cada paso las intervenciones de los personajes; y tampoco faltan las asonancias propias de rimas populares y de proverbios.

PERTINENCIA DE LA TRADUCCIÓN

Hasta el momento no se han traducido los cuentos completos de Franco Sacchetti. Como mucho, se han incluido tres o cuatro cuentos en algunas antologías (Sampere, 1982; Sánchez Sendra, 2014), casi siempre los mismos (se repite «El parto»), y ocasionalmente sin traducir, aunque el volumen lleve título español (Fantucci, 1941, que incluye «Il mugnaio abate»).

Por otra parte, los escasos cuentos incorporados en estas antologías recurren a un castellano plenamente contemporáneo, con una neutralización hacia las convenciones estilísticas predominantes en la actualidad, lo cual supone cierto menoscabo, pues el regusto antiguo contribuye en gran medida al mérito artístico de la obra. En esta pequeña muestra de traducción, hemos intentado verter la obra a un castellano que, sin pretensiones arqueológicas ni puristas, mantenga al menos el colorido del castellano antiguo, tardomedieval y renacentista, en el léxico, en la fraseología y en los giros sintácticos. Consideramos que, de esta manera, el estilo consigue seguir sorprendiendo por su minimalismo y elegante frescura. Al mismo tiempo, procuramos no desvirtuar el verismo en las intervenciones de los personajes según sus distintos estratos sociales, algo que se refleja también en la convivencia de vocablos cultos con otros coloquiales e incluso vulgares.

SELECCIÓN DE CUENTOS DE «IL TRECENTONOVELLE»

FRANCO SACCHETTI. *Los trescientos cuentos*. 1335

IV. Mosén Bernabó, señor de Milán, pide a un abad que le explique cuatro cosas imposibles: a lo cual un molinero, en hábito de abad y en lugar de él, se las explica de tal manera que se troca en abad, y el abad en molinero.

Mosén Bernabó, señor de Milán, habiendo quedado maravillado por un molinero con fermosas razones, le dio un galardón de muy gran provecho. Este señor, en sus tiempos, fue más temido que ningún otro; y aun cuando fuere cruel, incluso en su crueldad tenía gran parte de justicia. Entre los muchos casos que le acaecieron se contó este, que a un rico abad, habiendo cometido alguna negligencia por no haber dado buen alimento a dos perros alanos que se habían tornado sarnosos y eran de dicho señor, le dijo que

satisficiere la suma de cuatro florines. A lo cual el abad comenzó a implorar misericordia. Y el dicho señor, viéndolo implorar misericordia, le dijo:

—Si me explicares cuatro cosas, yo todo te lo he de perdonar; y las cosas son estas: que yo quisiera que me dijeres cuánto hay de aquí al cielo; cuánta agua hay en el mar; lo que se hace en el infierno; y lo que vale mi persona.

El abad, oyendo esto, comenzó a dar suspiros, y le pareció estar en peor partido que denantes; mas sin embargo, para cesar furor y ganar tiempo, dijo que tuviere a bien darle un plazo para responder a tan altas cosas. Y el señor le dio como plazo todo el día siguiente; y como anhelaba oír el término de tan gran asunto, le hizo dar garantía de que había de tornar.

El abad, pensativo, resoplando como un caballo cuando se espanta, con gran pena tornó a la abadía; y arribando allá, topó con un molinero suyo; el cual, viéndolo tan afligido, dijo:

—Señor mío, ¿qué tenéis que resopláis tan fuerte?

Respondió el abad:

—Tengo asaz de qué, pues el señor está por darme la mala ventura si no le explicare cuatro cosas, lo cual ni Salomón ni Aristóteles lo pudieren complir.

Dice el molinero:

— ¿Y qué cosas son esas?

El abad se lo dijo. Entonces el molinero, pensando, dice al abad:

—Yo sacaros he de esta fatiga, si quisieres.

Dice el abad:

—¡Dios lo quisiere!

Dice el molinero:

—Yo creo que ansí querrán Dios y los santos.

El abad, que no sabía dónde se estaba, dijo:

—Si lo hicieres, toma de mí lo que quisieres, que no has de pedirme cosa ninguna que, siéndome posible, yo no te la dé.

Dijo el molinero:

—Eso dejarlo he a vuestra discreción.

—¿Y de qué modo lo has de hacer? —dijo el abad.

Entonces respondió el molinero:

—Vestirme quiero con vuestra túnica y con vuestra capa, y rasurarme he la barba, y de buena mañana presentarme he ante él, diciendo que yo soy el abad, y las cuatro cosas declarar he en modo que lo deje contento.

Al abad le pareció a las mil maravillas que el molinero tomara el lugar de él; y ansí se hizo.

Hecho el molinero abad, de buena mañana se puso en camino; y arribado a la puerta, allá dentro donde moraba el señor, llamó, diciendo que el tal abad quería responder al señor sobre ciertas cosas que impuesto le había. El señor, deseoso de oír lo que el abad tenía que decir, y maravillándose de que volviera tan presto, lo hizo llamar a su presencia. Y arribado ante él un poco a contraluz, haciendo la reverencia y atapando a menudo el rostro con la mano para no ser reconocido, fue preguntado por el señor si había traído respuesta a las cuatro cosas que preguntado le había. Respondió:

—Señor, sí. Vos me preguntasteis cuánto hay de aquí al cielo. Considerada precisamente toda cosa, hay de acá allá treinta y seis millones, ochocientos cincuenta y cuatro mil, setenta y dos millas y media, y veintidós pasos.

Dice el señor:

—Visto lo has con harta precisión; ¿cómo lo pruebas?

Respondió:

—Hacedlo medir y si no es ansí, colgadme del pescuezo. Segundamente preguntasteis cuánta agua hay en el mar. Esto ha sido muy difícil de ver, porque es una cosa que no está queda, y siempre está entrando; pero yo he visto que en el mar hay veinticinco mil novecientos ochenta y dos cognos y siete barriles, y doce bocales y dos vasos.

Dijo el señor:

—¿Cómo lo sabes?

Respondió:

—Considerado lo he cuanto mejor he sabido; si no lo creéis, haced buscar barriles y que se mida; si halláis que no es ansí, hacedme escuarterar. Terceramente me preguntasteis lo que se hace en el infierno. En el infierno se trincha, se escuartera, se aferra con ganchos y se ahorca, ni más ni menos de lo que hacéis vos acá.

—¿Qué razón das de esto?

Respondió:

—Ya yo hablé con uno que había estado allá, y de este obtuvo Dante el florentino lo que escribiera de las cosas del infierno; pero ya es muerto; si no lo creéis, mandad a verlo. Cuartamente, me preguntasteis cuánto vale vuestra persona; y yo digo que vale veintinueve denarios.

Cuando mosén Bernabó oyó esto, con gran furia se volvió a él diciendo:

—Ansí te entre la cenurosis. ¿Tan insignificante soy que no valga más que una olla?

Respondió este, no sin gran temor:

—Señor mío, oíd la razón. Vos sabéis que nuestro Señor Jesucristo fue vendido por treinta denarios; hago cuenta que valéis un denario menos que él.

Al oír esto el señor imaginó muy bien que este no era el abad, y mirándolo muy fijamente, habiéndose percatado de que era un hombre de mucha más ciencia que el abad, dijo:

—Tú no eres el abad.

El miedo que hubo el molinero cada cual imagíneselo; se hinca de rodillas con las manos juntas, suplicando misericordia, diciendo al señor que era molinero del abad, y cómo y por qué había sido llevado de incógnito ante su señoría, y de qué manera había tomado el hábito, y esto más por complacerlo que por malicia. Mosén Bernabó, oyendo a este, dijo:

—Agora vete, puesto que él te ha hecho abad y, a fe de Dios, eres más que él, y yo confirmarte he, y quiero que, de aquí para lo de adelante, tú seas el abad y él sea el molinero, y que tú obtengas las rentas todas del monasterio; y que él tenga las del molino.

Y ansí hizo observar, durante todo el tiempo que vivió, que el abad fuere molinero y el molinero abad.

Es cosa muy incierta, y gran peligro, arriscarse ante los señores, como hizo este molinero, y tener el arrojo que él tuvo. Pero con los señores acaece como con el mar, adonde va el hombre con grandes peligros, y en los grandes peligros están las grandes ganancias. Y es una gran ventaja cuando el mar se halla en bonanza, y lo mesmo con el señor: pero en uno y otro caso es gran cosa poder fiarse que no venga rauda una tormenta.

XVII. Piero Brandani de Florencia viene en pleito y da ciertos documentos al hijo suyo, el cual, al perderlos, se escapa, y arriba donde curiosamente halla un lobo, y tras recebir por ello cincuenta liras en Pistoya, torna y recopia los documentos.

En la ciudad de Florencia hubo un tal Piero Brandani que siempre consumió su tiempo promoviendo causas. Tenía un hijo en edad de dieciocho años, y una mañana, habiendo entre otras cosas de ir en pleito al palacio del alcalde, dio a este hijo suyo ciertos documentos para que ganara la delantera con ellos y lo aguardara del lado de la abadía de Florencia; el cual, obedeciendo al padre, tal como le había dicho, marchó al lugar y allá con los documentos se puso a aguardar al padre; y esto acaeció en el mes de mayo.

Acaeció que, mientras aguardaba el mozo, comenzó a llover una grandísima agua. Y pasando una campesina o verdulera con una canasta de

cerezas sobre el cerro, la dicha canasta cayó, con lo que las cerezas se fueron a esparcir por la calle toda; el reguero de esa vía se acrece cuando llueve que se asemeja a un riachuelo. El mancebo, ávido, como todos son, juntamente con otros, dale que dale, se pusieron a recoger las dichas cerezas, y hasta dentro del reguero de agua corrieron en su busca. Acaeció que, cuando se acabaron las cerezas, el mozo, tornando a su sitio, no tenía ya los documentos bajo el brazo, sino que habían caído en la dicha agua, la cual rápidamente conducido los había hacia el Arno, y sin dar en la cuenta de ello, y corriendo de arriba para abajo, preguntando acá y allá, de nada sirvió porque los documentos navegaban ya hacia Pisa. Se quedó el mozo bastante dolido y dio en la idea de desaparecer por miedo al padre; y la primera parada, donde los más desviados y prófugos de Florencia recaer suelen, fue en Prato; y arribó a una venta, donde tras la caída del sol arribaron ciertos mercaderes, no para hacer noche allá, sino para comprar más víveres de camino a la puente Agliana. Viendo estos mercaderes que el mozo asaz apenado estaba, le preguntaron qué tenía, y de dónde era: respondida la pregunta, le dijeron si quería quedarse e ir con ellos.

Al mozo le pareció a las mil maravillas, y se pusieron en camino, y pasadas dos horas del anochecer arribaron a la puente Agliana. Y llamando a una venta, el ventero, que ya se había echado a dormir, se asomó a la ventana:

—¿Quién hay?

—Ábrenos, que queremos hospedarnos.

El ventero refunfuñando dijo:

—¡Oh! ¿No tenéis noticia de que este pueblo está lleno de malandrines? Harto me maravilla que no os hayan prendido.

Y el ventero decía la verdad, que una gran panda de prófugos atormentaba a aquel pueblo: rogaron tanto que el ventero abrió, y entrados adentro, y gobernados los caballos, dijeron que querían cenar; y el posadero dijo:

—Yo no tengo ni un mendrugo de pan.

Respondieron los mercaderes:

—¿Y qué hemos de hacer?

Dijo el posadero:

—Yo solo veo un modo, que este mozo vista algunos harapos, para que parezca un mendigo, y suba por esa cuesta, donde hallará una iglesia, llame al señor Cione, que es cura de allá, y le diga de mi parte que me preste doce panes; esto lo digo porque si aquellos que cometen esos males hallan a un mancebillo mal vestido, no han de decirle cosa alguna.

Mostrado el camino al mozo, se puso en marcha de mala gana, porque era de noche y se veía mal. Temeroso, como ha de creerse, se movía, arrodeando por acá y por allá, sin hallar nunca dicha iglesia; y habiendo entrado en un bosquecillo, vio por una parte un poco de lumbre que se reflejaba en un muro. Determinó andar hacia ella, pensando que era la iglesia, y arribado allá por cima de una gran era, pensó que aquella era la plaza; en verdad era la casa de un labrador; arribó hasta allá y comenzó a golpear la puerta. El labrador, al oírlo, alza la voz:

—¿Quién hay?

Y el mancebo dice:

—Abridme, señor Cione, que el ventero de la puente Agliana me manda a vos, para que le prestéis doce panes.

Dice el labrador:

—¿Qué panes, ladronzuelo, que andas al acecho para esos malandrines? Si salgo afuera, te mandaré pronto a Pistoya y colgarte haré.

El mozo, oyendo esto, no sabía qué hacerse, y estando fuera de sí y volviéndose para ver si había un camino que le condujere a mejor puerto, oyó aullar a un lobo allá cerca de las lindes del bosque, y mirando alrededor, vio en la era un tonel roto todo por arriba en uno de los lados, y que estaba de pie; fue corriendo listo hacia él y se metió adentro, aguardando con gran temor lo que la fortuna dispusiere de él.

Y estando ansí, he aquí que aquel lobo, dado que quizás estaba sarnoso por la vejez, se arrimó al tonel y comenzó a rascarse contra él; y refregándose ansí, alzando la cola, la dicha cola entró por la tapa. Como el mozo sintiera que adentro la cola lo tocaba, tuvo gran miedo; pero viendo lo que era, de puro temor se puso a agarrar la cola, y a no soltarla usando todas sus fuerzas, hasta ver lo que había de ser de él. El lobo, al sentir que le asían la cola, comenzó a tirar: el mozo la sujetó fuerte y tiró también él; y ansí tirando los dos, el tonel se cayó y empezó a rodar. El mozo sujetaba fuerte, y el lobo tiraba; y cuanto más tiraba, más golpes le daba el tonel encima. Este revolcarse duró nada menos que dos horas; y tanto, y con tantos golpes sacudió el tonel al lobo que el lobo murió. Y no es que el mozo no quedara medio magullado; mas, con todo, la fortuna lo ayudó, pues cuanto más fuerte había agarrado la cola más se había defendido a sí mesmo y lastimado al lobo. Habiendo este dado muerte al lobo, sin embargo, no osó en toda la noche salir del tonel, ni dejar la cola.

Levantándose al alba el labrador a cuya puerta había llamado el mozo, y yendo a inspeccionar sus tierras, vio al pie de un barranco este tonel; comenzó a pensar y a decir entre sí:

—Estos diablos que andan por la noche no hacen sino mal, pues el tonel mío que estaba sobre la era me lo han hecho rodar hasta allá abajo; y allegándose, vio al lobo yacer junto al tonel sin que pareciere muerto. Comienza a gritar «el lobo, el lobo, el lobo»; y allegándose, y corriendo los hombres del pueblo a las voces, vieron al lobo muerto y al mozo en el tonel. Algunos se persignaron acá y allá, preguntando al mochacho:

—¿Quién eres tú? ¿Qué quie decir esto?

El mozo, más muerto que vivo, que apenas podía recuperar el aliento, dijo:

—Por mor de Dios, pido que me escuchéis y no queráis hacerme mal.

Los campesinos lo escucharon, para oír la razón de cosa tan peregrina. Aquel contó dende la pérdida de los documentos hasta lo que había acaecido en ese punto. Los campesinos hubieron harta lástima de él y dijeron:

—Hijo, has sufrido una grandísima desventura, pero la cosa no terminará mal, como crees. En Pistoya existe una orden que cualquiera que mate a un lobo y lo presente en el concejo recibe de él cincuenta liras.

Un poco volvió la perdida vida al mochacho, ofreciéndole ellos compañía y ayuda para acarrear el dicho lobo; y ansí aceptó. Y llevando unos cuantos el lobo juntamente con él, arribaron a la venta de la puente Agliana, dende donde se había partido, y el ventero de dicha casa se maravilló, como se ha de imaginar, y dijo que los mercaderes eran idos, y que él y aquellos, viendo que no había tornado, creían que había sido devorado por los lobos, o prendido por los malandrines. A la postre el mozo presentó el lobo al concejo de Pistoya, del cual, oída como fue la cosa, obtuvo cincuenta liras. Y de estas, gastadas cinco liras en hacer honor a la brigada, y con las cuarenta y cinco, tras despedirse de ellos, tornó donde el padre. Y suplicando misericordia, le contó lo que acaecido le había, y le dio las cuarenta y cinco liras. Y el padre, en tanto que hombre pobre, se las aceptó de buen grado y lo perdonó, y con los dichos dineros hizo copiar los documentos, y con el resto prosiguió el pleito gallardamente.

Y por eso nadie ha nunca de desesperar, porque hartas veces, como la fortuna quita, ansí da; y como da, ansí quita. ¿Quién hubiere imaginado que los documentos perdidos agua abajo habían de ser rehechos por un lobo que metiere la cola por la tapa de un tonel y que de manera tan extraña había de ser prendido? Sin duda este es un caso y un ejemplo que nos enseña a no desesperar, sino a no recebir ni desánimo ni melancolía de lo que venga.

XXI. Basso della Penna en el extremo de la muerte deja de forma insólita todos los años a las moscas un cesto de peras pochas, y las razones que da de por qué lo hace.

Agora abordaré este relato de las peras pochas, y es la última ocurrencia del Basso, porque acaeció mientras moría. Estando este a las puertas de la muerte, y siendo verano, y la mortalidad tan grande que la mujer no se arrimaba al marido, y el hijo huía del padre, y el hermano del hermano, porque aquella pestilencia, como sabe quien lo ha visto, se contagiaba fuertemente, quiso hacer testamento y, viéndose abandonado de todos los suyos, hizo escribir al notario que encomendaba a sus hijos y herederos que todos los años, por el día de Santiago en julio, dieren un cesto de peras pochas, de medida de una fanega, a las moscas, en cierto lugar establecido por él. Y al decir el notario:

—Basso, tú siempre estás bromeando.

Dijo el Basso:

—Escribid como yo digo; porque en esta enfermedad no he tenido ni amigo ni pariente que no me haya desamparado, a excepción de las moscas. Y debiéndome tanto a ellas, no he de creer que Dios tuviere misericordia de mí si no les rindiere el honor que merecen. Y para que sepáis de cierto que no bromeo, y hablo de veras, escribid que si esto no se hiciese todos los años, dejo desheredados a mis hijos y que mis bienes vayan a parar a tal orden religiosa.

A la postre el notario convino en escribir ansí por esta vez. Y ansí fue grato el Basso a este pequeño animalucho. No mucho después, y arribando a tal extremo que ya poco tenía de conocimiento, arribó hasta él una vecina suya, como todas hacen, la cual tenía por nombre dueña Buena, y dijo:

—Basso, Dios te dé salud; yo soy tu vecina dueña Buena.

Y él con gran fatiga la mira y dice con voz que apenas se podía entender:

—Agora, por más que me esté muriendo, contento me voy, que en los ochenta años que he vivido nunca he hallado una buena.

Al decir esto no hubo ninguno en torno suyo que pudiere contener la risa, y en medio de esta risa al poco murió.

De cuya muerte yo escritor, y muchos otros que andaban por el mundo, recebí dolor, porque era una institución para quien se llegaba a Ferrara. ¿Y no obró con discreción en cuanto a las moscas? Salvo que fue una gran reprehensión para toda la familia, que muchos hay que abandonan en casos ansí a aquellos por los cuales habían de arriscar mil veces la vida; y tal es

nuestro amor, que no es que los hijos se jueguen la vida por sus padres, sino que gran parte desea su muerte para estar más libres.

CXIV. Dante Alighieri hace sabedores a un herrero y a un arriero de su error, porque con nuevas palabras vulgares cantaban su libro.

El excelentísimo poeta vulgar, cuya fama no ha de venir a menos eternamente, Dante Alighieri Florentino, era vecino en Florencia de la familia de los Adimari, y habiéndose dado el caso de que un joven caballero de esta familia estaba implicado en no sé qué delito y estaba condenado por orden de justicia por un ejecutor, como este pareciera tener amistad con el dicho Dante, fue rogado por el dicho caballero que rogara al ejecutor e intercediere por él. Dante dijo que lo haría de buen grado. Cuando hubo almorzado, salió de casa, y se aprestó para hacer el mandado; y al pasar por la Puerta San Piero, al golpear el hierro un herrero sobre el yunque, cantaba al Dante como se canta un cantar, y tracamundeaba sus versos quitando y poniendo, de tal guisa que parecía al Dante recebir de aquello grandísima injuria. No dice nada, sino que se allega al taller del herrero, allá donde tenía los muchos hierros con los que hacía su oficio; ase Dante el martillo y lo tira al suelo, ase las tenazas y las tira al suelo, ase las balanzas y las tira al suelo, y ansí tiró muchas herramientas. El herrero, volviéndose con un ademán bestial, dice:

—¿Qué diablos hacéis? ¿Estáis loco?

Dice Dante:

—¿Y tú que haces?

—Practico mi oficio —dice el herrero— y vos estragáis mis trastos, tirándolos al suelo.

Dice Dante:

—Si no quieres que yo estrague tus cosas, no estragues tú las mías.

Dice el herrero:

—¿Y qué os estrago yo?

Dijo Dante:

—Tú cantas el libro, y no lo dices como yo lo hice; yo no tengo otro oficio, y tú me lo estragas.

El herrero, henchido de ira, no sabiendo qué responder, recoge las cosas y torna a su trajín; y si quería cantar, cantaba de Tristán o de Lanzarote y dejaba estar al Dante; y Dante marchó a donde el ejecutor, como había sido enviado. Y arribando ante el ejecutor, y considerando que el caballero de los Adimari, que le había rogado, era un joven altanero y poco cortés cuando iba

a pie por la ciudad y especialmente a caballo, puesto que iba con las piernas desparramadas que ocupaba toda la vía si no era muy ancha, de modo que quien pasaba se veía obligado a limpiarle las puntas de los botines (y a Dante, que todo lo veía, siempre le habían desplacido tales comportamientos), dice Dante al ejecutor:

—Vos tenéis ante vuestra corte al tal caballero por tal delito, yo intercedo por él, aunque tiene modales de tal guisa que mayor pena mereciera; y yo creo que usurpar eso del concejo es grandísimo delito.

Dante no lo dijo en balde, porque el ejecutor preguntó qué cosa era esa del concejo que usurpaba. Dante respondió:

—Cuando cabalga por la ciudad, va ansí con las piernas desparramadas a caballo, que quien tope con él ha de darse la vuelta y no puede proseguir su viaje.

Dijo el ejecutor:

—¿Y esto te parece poca cosa? Es mayor delito que el otro.

Dijo Dante:

—Agora bien, yo soy su vecino e intercedo por él.

Y tornó a casa, donde fue preguntado por el caballero cómo estaban las cosas.

Dante dijo:

—Me ha respondido bien.

Unos días más tarde, se requirió del caballero que fuere a defenderse de las acusaciones. Compareció, y habiéndosele leído la primera, el juez le hace leer la segunda sobre el cabalgar tan a sus anchas. El caballero, viendo que se doblaban sus penas, dice entre sí:

—Bien merecido lo tengo, pues creyendo que con la venida de Dante iba a ser absuelto, agora seré condenado doblemente.

Tras ser acusado y excusarse, torna a casa y, hallando al Dante, dice:

—En buena fe, me has hecho un buen servicio, que el ejecutor me quería condenar por una cosa, denantes que te presentaras ante él; y después que te presentaste, me quiere condenar por dos.

Y muy airado contra Dante dijo:

—Si me condena, tengo medios para pagar, y tarde o temprano daré su merecido a quien haya sido la causa.

Dijo Dante:

—Yo he intercedido tanto por vos que, si fuereis hijo mío, no se pudiere hacer más; si el ejecutor actuase en modo contrario, yo no he sido la causa.

El caballero, meneando la testa, marchó a casa. De allá a pocos días fue condenado a mil liras por el primer delito, y a otras mil por cabalgar a sus anchas, lo cual no pudo perdonarlo ni él ni toda la casa de los Adimari.

Y por ello, siendo la principal causa, de allá a poco Dante fue expulsado de Florencia, como güelfo blanco, y luego murió en el exilio, no sin corrimiento de su concejo, en la ciudad de Rávena.

CXV. Dante Alighieri, oyendo a un arriero cantar su libro y decir ¡arre!, lo golpea diciendo: eso no lo puse yo; y el resto como dice la historia.

Todavía este relato pasado me empuja a decir otro del dicho poeta, el cual es breve y es bello. Andando un día el dicho Dante para su solaz por alguna parte de la ciudad de Florencia, y llevando gorguera y manguitos como entonces se gastaba, topó con un arriero, el cual portaba ciertas cargas de inmundicia delante; este arriero caminaba detrás de los asnos cantando el libro de Dante y, cuando había cantado un trozo, tocaba al asno y decía:

—¡Arre!

Topando Dante con este, con los manguitos le dio un gran porrazo en las espaldas diciendo:

—No puse yo ese arre.

Aquel no tenía noticia ni de quién era el Dante, ni de por qué le daba, sino que toca los asnos fuertemente y dice otra vez:

—¡Arre!

Cuando se hubo alejado un poco, se torna hacia el Dante sacándole la lengua y haciéndole la higa con la mano, diciendo:

—¡Toma!

Dante, al ver esto, dice:

—Por mi parte no he de hacerlo aunque tú lo hicieres cien veces.

¡O dulces palabras llenas de filosofía! Que muchos hay que hubiesen corrido detrás del arriero, alzando las voces y encolerizándose; otros que le hubiesen tirado piedras; y el sabio poeta maravilló al arriero, siendo loado por todos los circunstantes que habían oído palabras tan sabias, con las cuales respondió a un hombre tan vil como aquel arriero era.

CXL. Tres ciegos forman una compañía juntos y, verificando sus cuentas en Santa Gonda, arriban a tanto que se muelen a palos entre ellos, e intentando dividirlos el ventero y la mujer suya, reciben de ellos también una buena tunda.

En el barrio de San Lorenzo, cabe la iglesia de Santa Úrsula en la ciudad de Florencia, moraban unos ciegos de esos que pedían limosna, y se levantaban de muy buena mañana y uno iba a la Anunciación, otro al Huerto de San Miguel y otro a cantar por los arrabales, y hartas veces acordaban que, cuando hubieren hecho la mañana, se encontraran en el campanario de San Lorenzo a almorzar, donde había un ventero que siempre daba de comer y beber a sus pares. Una mañana, estando dos a la mesa y habiendo almorzado, dice uno, razonando acerca de su haber y de su pobreza:

—Yo me quedé ciego ha unos doce años y he ganado unas mil liras.

Dice el otro:

—¡Ay, triste y desventurado de mí!, que tan poco ha que yo me quedé ciego que no he ganado ni doscientas liras.

Dice el compañero:

—¿Y tú, cuándo te quedaste ciego?

Dice este:

—Unos tres años ha.

Llegó un tercer ciego que tenía por nombre Lazzero da Corneto y dice:

—Dios os guarde, hermanos míos.

Y aquellos dijeron:

—¿Quién eres tú?

Y él respondió:

—Estoy a escuras, como vosotros —y sigue—; ¿de qué estáis hablando?

Y dijeron que estaban hablando de lo que habían recaudado en el tiempo.

Dijo Lazzero:

—Yo nací ciego, y tengo cuarenta y siete años; si tuviere el dinero que he ganado, pudiera ser el más rico de Maremma.

—Bien está, que yo no hallo a ninguno al que no le haya ido mejor que a mí.

Y haciendo ansí los tres juntamente, dice este ciego:

—Por favor, dejemos en paz los años pasados y formemos una compañía los tres, y compartamos lo que ganemos; y cuando salgamos afuera los tres, ir hemos juntamente, apoyándonos el uno en el otro; y si hace falta quien nos lleve, contratarlo hemos.

Todos estuvieron de acuerdo y se dieron la mano en la mesa y juraron juntamente. Y, hecha esta compañía, durante un tiempo en Florencia, uno que los había oído cerrar este pacto, hallándolos un miércoles en la puerta de San Lorenzo, da a uno de ellos un cuatrín y dice:

—Repartíos este gros entre los tres.

Y de continuo, donde estos paraban juntos en determinadas fiestas, este les daba una limosna de un cuatrín, diciendo:

—Repartíos este gros entre los tres.

Dice el que lo recibe una vez:

—¡A fe mía!, que este dado nos ha un gros que a mí me parece pequeño como un cuatrín.

Dicen los otros:

—¿Dónde está? ¡Oh!, no empieces ya a querer engañarnos.

Este respondió:

—¿Qué engaño puedo yo haceros? Lo que me den, meterlo he en la bolsa, y lo mesmo haced vosotros.

Dijo Lazzero:

—Hermanos, la lealtad es fermosa cosa.

Y ansí se quedó: y cada uno hacía acopio, y resolvieron entre ellos juntar las ganancias al cabo de ocho días y dividirlas por tres. Acaeció que, a tres días de esto, era mitad de agosto, con lo cual se dispusieron, como están avezados, a ir a la fiesta de la Asunción a Pisa; y moviéndose cada uno con un perro amaestrado de la mano, como suelen, con el platillo se pusieron en camino cantando la *Intemerata* por cada pueblo; y arribaron a Santa Gonda un sábado, que era el día de ver la cuenta y repartir las monedas; y a un ventero, donde se hospedaron, pidieron una cámara para los tres, para tratar sus asuntos esa noche; y ansí el ventero se la dio. Habiendo entrado estos ciegos con los perros y con la correa de la mano, cuando fue hora de echarse a dormir en dicha cámara, dijo uno de ellos que tenía por nombre Salvadore:

—¿A qué hora queremos tratar nuestros asuntos?

Acordaron que cuando el ventero y su familia se fueran a acostar; y ansí hicieron. Llegada la hora, dice el tercer ciego, que tenía por nombre Gracia y era el que había sido ciego menos tiempo:

—Que cada uno de nosotros se asiente y en el halda cuente los dineros que tiene, y luego haremos la cuenta; y el que tenga más recompense al que tenga menos.

Y ansí estuvieron de acuerdo, comenzando cada uno a contar. Cuando hubieron contado, dice Lazzero:

—Yo hallo, según he contado, tres liras, cinco sueldos, cuatro denarios.

Dice Salvador:

—Y yo he contado tres liras, dos denarios.

Dice Gracia:

—Bien, bien; y yo exactamente cuarenta y siete sueldos.

Dicen los otros:

—¿Y qué diablos quie decir esto?

Dice Gracia:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Si has de tener unos cuantos groses de plata más que nosotros, y nos la juegas de esta manera. Tu compañía es la del lobo. Tienes por nombre Gracia, pero para nosotros eres desgracia.

Dice este:

—Yo no sé cuál desgracia; cuando aquel decía que nos daba un gros, a mí me parecía un cuatrín, y fuere lo que fuere, como yo os dije, lo metía en la bolsa; no sé; yo seré leal como vosotros en todo punto, que me tratáis ya como traidor y ladrón.

Dice Salvador:

—Y lo eres, puesto que nos hurtas lo nuestro.

—Mientes más que hablas —dice Gracia.

—Tú sí que mientes.

—Tú sí que.

Y comienzan a agarrarse y a darse de puñadas, y las monedas caen por el suelo. Lazzero, al sentir que había comenzado la riña, ase su palo y les da a los otros para dividirlos; y cuando estos sintieron el palo, asen los suyos y empiezan a aporrear, y todas las monedas quedaron esparcidas por el suelo. La batalla se acrece, alzan las voces y, manejando el bastón, sus perros ladraban mucho, y uno tiraba del halda con los dientes agora a uno y luego a otro, y los ciegos, meneando los palos, a menudo daban a los perros, y ellos gritaban; y ansí parecía esto una justa.

El ventero, que dormía abajo con la esposa, dice a la mujer:

—¿Tenemos demonios arriba?

Se levantan uno y otro, asen la lámpara y suben, y dicen:

—¡Abrid aquí!

Los ciegos, que embargados estaban por la pelea, oían como veían. A lo cual el ventero empujó la puerta a la fuerza y, abriéndola, entró adentro, y queriendo dividir a los ciegos, recebió un porrazo en la cara, tras lo cual prende a uno de ellos y lo echa a tierra.

—¿Qué locura es esta? ¡Muertos seáis a espada!

Y asiendo su porra, dando a todos con la punta, decía:

—Salid de mi casa.

A la mujer del ventero, allegándose para regañarlos, como hacen las mujeres, un perro la ase por el borde del halda; y como asió, ansí tiró. Al cabo, perdiendo estos el resuello y habiendo recebido buenos porrazos, habiendo caído uno acá y otro allá, dice Lazzero:

—¡Ay de mí, ventero, que soy muerto!

Dice el ventero:

—Dios te la mande, salid agora mesmo de mi casa.

Y todos ellos se quejan y dicen:

—¡Ay de mí, ventero! Mira como estamos —tenían las caras lívidas y ensangrentadas— y peor aún, que todo nuestro dinero caído se ha.

Entonces dice el ventero:

—¿Qué dinero? A espada muráis, que casi me habéis sacado un ojo.

Dice Lázaro:

—Perdónanos, que no vemos más que lo Dios quiere.

—Yo os digo: salid de mi casa.

Y ellos dicen:

—Recógenos el dinero y haremos lo que quisieres.

El ventero manda recoger el dinero, del cual no les entregó ni siquiera la mitad, y dijo:

—He aquí quizás cinco liras; vosotros habéis de darme por los gastos dos liras; quedan tres liras: ir he al gobernador de acá abajo y quiero que dé cuenta de que me habéis herido y que a mi mujer vuestros perros desgarrado le han el halda.

Cuando los otros oyen esto, todos a una voz dicen:

—Amigo, por mor de Dios, no quieras buscarnos la ruina; coge de nosotros lo que poseemos e ir hemos con Dios.

El ventero dijo:

—Puesto que es ansí, mas no sé si perderé el ojo, dadme asaz para que me puedan curar y satisfaced el coste del halda de mi mujer, que el otro día me costó siete liras.

Con gran diligencia, los ciegos dieron al ventero los dineros caídos, que eran nueve liras y dos sueldos, y otros tantos que llevaban encima; y ansí por la noche rogaron al ventero que los perdonara y se fueron tan apaleados, uno deslomado, otro con la cara hinchada y otro con el brazo herido, y por puro miedo arribaron tan lejos que estuvieron en el condado de Pisa por la mañana. Cuando arribaron a una taberna al pie de Marti, comenzaron a hacerse reproches el uno al otro; y el ventero, viéndolos ensangrentados y enfurecidos, se maravillaba, diciendo:

—¿Quién zurrado os ha ansí?

Y ellos dicen:

—No has de preocuparte.

Y cada uno pide un cuarto de litro de vino, más para lavarse los azotes y los golpes de la cara que para beber. Y hecho esto, dice Gracia:

—¿Sabéis que os digo? Yo hacía con tan buena fe vuestros asuntos como los míos, y nunca he sido ni ladrón ni traidor; vosotros me habéis dado por ello una buena recompensa, que yo estoy casi deshecho en mi haber y en mi persona. Mejor es corta locura que larga, y haré como aquel que dice: «uno, dos y tres: yo de ti me alejaré»; y con vosotros ya no tengo nada que ver, y que el ventero sea testigo de ello.

Y se va con Dios. Dicen los otros:

—Tú tienes por nombre Gracia, pero tal te la dé Dios como tú nos la has dado a nosotros.

Y se marchó solo a Pisa; y Lazzero y Salvadore se fueron también a la fiesta con el recuerdo de esta buena gresca. Y dado que, demás de estar ciegos estaban todos molidos por los bastonazos, en Pisa les dieron tres sonoras limosnas; de donde cada uno no solo se resignó a aquellos porrazos, sino que por nada del mundo no hubiesen querido recebirlos, viendo la utilidad que de ellos se siguió.

CLXVII. Un rico, queriendo defraudar los dineros de la gabela, se llena los calzones de huevos; habiéndole sido dicho esto a los gabeleros, cuando pasa hacen que se asiente, y rompe todos los huevos, y se embadurna todo por abajo; y expiando el fraude, queda vituperado.

Un rico florentino, más mísero y más avaro que Midas, para defraudar una gabela de menos de seis denarios, pagó con daño y empacho mayor cantidad, aunque se armase el culo con una coraza de cáscaras de huevo. Esto le acaeció a un infeliz que poseía una riqueza de veinte mil florines, el cual tenía por nombre Antonio; el apellido no quiero decirlo por no deshonrar a sus parientes; al cual, al encontrarse en el condado y querer mandar a Florencia veinticuatro o treinta huevos, dijo el sirviente:

—Y dar hemos la gabela, porque cuatro huevos hacen un denario de gabela.

Cuando este oyó decir eso, echa mano a la canasta y llama al sirviente, y se mete en una cámara y dice:

—En todo punto es buena la parsimonia; yo quiero ahorrarme estos denarios.

Y dicho esto, tomó de cuatro en cuatro los huevos y, levantándose el limbo de la capa por delante, comenzó a metérselos en los calzones. Dijo el sirviente:

—¡Oh!, ¿dónde los metéis vos? ¡Oh!, no podréis andar ansí por el camino.

Dice Antonio:

—¿No? Tienen un fondo abajo, estos calzones míos, donde pudieran entrar las gallinas que los han puesto, juntamente con los huevos.

El sirviente se volvió, y se hizo la señal de la santa cruz por la maravilla. Y Antonio, cuando hubo guardado los huevos, se puso en camino, y andaba desparramado, como si hubiere tenido en los calzones dos cardas para tela; y cuando fue prendido en la puerta, dijo al sirviente:

—Pasa tú delante, y diles a los gabeleros que sostengan un poco la puerta.

Y el sirviente ansí hizo; pero no pudo contenerse de decir a un gabelero en grandísimo secreto el hecho; el cual gabelero dijo a los otros:

—He aquí la mejor historia que habéis oído jamás, pues pasará agora uno que, siendo de su posición, tiene los calzones llenos de huevos.

Dice uno:

—¡Eh!, dejádmelo a mí, y veréis una buena mofa.

Dijeron los otros:

—Haz como te plazca.

Y ansí llegó Antonio:

—Antonio, ¡eh!, ven aquí un momento y probar has un buen vino.

Aquel dijo que no quería beber.

—Es manifiesto que quies.

Y lo tira de la capa y, conduciéndolo donde quería, dice:

—Asiéntate un momento.

Aquel responde:

—No hace falta —y no quería de modo ninguno.

El gabelero dijo:

—Yo también puedo obligar a uno para hacerle honor.

Y lo empuja para que se asiente en un banco. Y cuando se asienta, parece que se asentara sobre un montón de cristales. Dicen los gabeleros:

—¿Qué tienes debajo, que ha hecho tan gran estruendo? Levántate un poco.

Dice el jefe:

—Tú has de querer que nosotros hagamos nuestro oficio; queremos ver lo que tienes debajo, que tanto ruido ha hecho.

Dice Antonio:

—No tengo nada debajo —y levantó la capa, diciendo— será este banco el que habrá rechinado.

—¿Qué banco? No ha sido eso el ruido de un banco; tú levanta la capa, la cosa ha de estar en otro sitio.

Y se la hacen levantar de poco a poco, y rápidamente ven una cosa amarilla que baja por los calzones, y dicen:

—¿Esto qué es? Queremos ver los calzones, de donde parece que viene este flujo.

Aquel lo sacude un poco, otro lo levanta rápido y dice:

—Tienes los calzones llenos de huevos.

Antonio dice:

—¡Eh!, tranquilos, que están todos rotos; yo no sabía dónde meterlos y esta es poca cosa en cuanto a la gabela.

Dicen los gabeleros:

—Han de ser varias docenas.

Dice Antonio:

—Con toda lealtad, no fueron más que treinta.

Dicen los gabeleros:

—Parecéis un buen hombre, y juráis por vuestra lealtad; ¿cómo habemos de daros crédito? Cuando defraudáis a vuestro concejo en una cosa tan pequeña, más lo hubierais de hacer con una grande. Y sabéis lo que se dice: «Al can que lame cenizas no hay que fiarle farina». Bueno, dejadnos algo en prenda y mañana de buena mañana presentarnos hemos ante los oficiales para decir lo que ha ocurrido.

Dice Antonio:

—¡Ay de mí, pardiez, me será una gran infamia! Tomad lo que queráis.

Dice uno de ellos:

—¡Venga!, no dejamos corridos a los ciudadanos: paga por hoy trece denarios.

Antonio mete la mano en la bolsa y paga ocho sueldos; luego dales un gros y dice:

—Tomad, bebéoslo mañana de mañana; pero una cosa os ruego, que no digáis nada a nadie.

Y ansí dijeron que habían de hacer, y él se fue con el culo bien empapado y bien untado. Y arribado a casa, dice la mujer:

—Pensé que estabas afuera de la ciudad; ¿qué has hecho tanto rato?

—A fe mía, que no lo sé.

Y se ponía la mano debajo, y andaba holgado como un herniado. Dice la mujer:

—¿Caído te has?

Y él dijo lo que acaecido le había. Como la mujer lo oye, comienza a decir:

—¡Ay!, ¡canalla!, ¡zonzo!, esto no se ha visto nunca ni en las fábulas ni en los cantares. ¡Benditos sean los gabeleros, que te han vituperado como merecías!

Y él decía:

—Venga, sosiégate.

Y ella decía:

—¿Sosegarme he? ¡Maldita sea la riqueza que tienes cuando tan miserablemente te comportas! ¿Querías empollar los huevos, como las gallinas cuando nacen los polluelos? ¿No te corres de que esta historia rondará por toda Florencia y recebirás siempre gran infamia?

Dice Antonio:

—Los gabeleros me han prometido que no han de contarlo.

Dice la mujer:

—¡Bien yerras, que no hará falta que llegue la tarde de mañana para que esté llena toda esta tierra!

Y ansí fue como dijo la mujer. Y Antonio respondió:

—Bien está, mujer, he errado. ¿No lo dejarás estar? ¿Tú nunca has errado?

Dijo la mujer:

—Es manifiesto que puedo haber errado, pero no metiéndome los huevos en los calzones.

Y aquel dice:

—No los llevas tú.

Y la mujer dice:

—Mal y daño si yo no los llevo; mas si los llevara, denantes querría estar ciega que haber hecho lo mesmo que tú; y ya no me mostraría más entre las gentes; cuanto más pienso en ello, tanto más me maravillo que por dos denarios vivas en la infamia para siempre: nunca más has de estar contento, si tuvieres consciencia de que yo tampoco me mostraré nunca ante las mujeres sin correrme, en creyendo que en todo punto se me ha de decir: «Cata aquí la mujer del que se metió los huevos en los calzones».

Antonio le dice:

—¡Basta!, ¡no hables más! Los otros se están quedos y tú parece que quies pregonarlo a los cuatro vientos.

Dice la mujer:

—Yo me estaré bien queda, pero no han de estarlo los demás que tienen noticia de ello. Yo te digo, marido mío, denantes se te tenía en poca consideración, y agora tenerte se ha por quien eres. Yo fui entregada a una gran riqueza, mas también podría decirse que a una gran vileza.

Antonio, que era más bien tardo de mollera, se quedó pensando que había caído en gran deshonra, y que la mujer decía la verdad; y rogó humildemente a la mujer que dejara en paz este asunto, y demás de esto que, si él había fallado, ella misma sobre él tomase la venganza. La mujer empezó a refrenarse un poco, y dijo:

—Vete tú con tu juicio al mercado, que yo arreglármelas he como mejor pueda.

Y ansí quedaron.

¿No diríamos nosotros que las mujeres hartas veces están dotadas con grandes virtudes, más que los hombres? ¡De cuántas maneras esta valiosa mujer reprobó al marido! Ella estaba tan bien considerada entre las mujeres como él poco entre los hombres. Las habladurías vinieron al cabo a menos, mas no por Florencia, donde de esto se habló siempre para placer ajeno y para vituperio del buen amigo. El cual, tras quitarse los calzones para que la sirvienta no diera en la cuenta, dijo que por la mañana calentara una tinaja de lejía de ceniza y se la pusiere en la jofaina de buena hora, y por la tarde se hizo dar otro tanto, con lo que se lavó el culo, pero no ansí que no hiciere amarillecer las sábanas denantes de varios lavados; de los cuales hubo menester, hasta tal punto estaban las yemas con las claras y con las cáscaras incrustadas y pegadas en el trasero. Esta fue la ganancia que se llevó este infeliz de la gabela de treinta huevos, que fue tan vituperado que siempre se habló de esta historia, y todavía hoy se habla más que nunca.

FUENTE DEL ORIGINAL

Sacchetti, Franco (2013). *Il Trecentonovelle.* Ed. Davide Puccini. UTET.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Branca, Vittore (Ed.) (1956). *Decameron* di Giovanni Boccacio. UTET.

Cervantes, Miguel de (1998). *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por Francisco Rico. Crítica.

De Sanctis, Francesco (1965). *Storia della letteratura italiana.* Salani.

Fantucci, Antonio (1941). *Antología de cuentos italianos (siglos XII-XX)*. Editorial Resurrección.

Lo Nigro, Sebastiano (Ed.) (2013). *Novellino e Conti del Duecento*. UTET.

Bellonci, Goffredo (1973). *Il Novelliere. Sette secoli di novelle italiane* (volume primo). Introducción de Geno Pampaloni. Sansoni.

Sacchetti, Franco (2013). *Il Trecentonovelle.* Ed. Davide Puccini. UTET.

Sánchez Sendra, Álvaro Pau (2014). *Antología de cuentos italianos.* Ediciones BM.

VV. AA. (2008 [1982]). *Cuentos de la Toscana*. Prólogo de Rafael Humberto Moreno-Durán. Traducción de Francesc Sampere. Montesinos. (Cuentos de Da Barberino, Sacchetti, Fiorentino, Masuccio, Cornazzano, Brevio, Bandello, Molza, Firenzoula).